

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

JOANN WYPIJEWSKI

LA POLÍTICA DE LA INSEGURIDAD

SERÍA UN ERROR interpretar las elecciones de 2016 únicamente como la derrota de Clinton. Trump aportó activos a la candidatura republicana, que Mitt Romney no tenía en 2012, y ratificó una estrategia de construcción del partido que, aunque vital para el Grand Old Party durante décadas, hasta ahora no se había realizado plenamente en el ámbito presidencial. El problema para Romney como ladrón de votos, aparte de ser un crudo representante de la clase acaudalada, fue que su política de nostalgia no estaba arraigada en nada real, en la precariedad de la vida de la gente, en su consciente experiencia de declive económico y de arenas movedizas sociales. Tampoco daría un paso más para explotar el peligroso gas de las emociones, que históricamente ha alimentado las energías de los angustiados ciudadanos blancos. Romney no tenía ninguna manera creíble de conectar con las masas de gente preocupadas por su inseguridad.

Lo que Trump tiene que le faltaba a Romney es la proximidad a la vida más allá de los salones metropolitanos o, por lo menos, el recuerdo de ella. Su padre le había enseñado la importancia de estar cerca del polvo de la construcción y, desde sus primeros días en el negocio, Trump pasó tiempo hablando con contratistas, trabajadores, encargados y electricistas. Aprendió a adaptarse con la misma facilidad a la volatilidad de un intolerante encargado de Ohio que a la condescendencia de un banquero de Nueva York. Prestó atención a su lenguaje y sabía cómo conseguir lo que quería a pesar o gracias a ello. Gran parte de la convención del GOP en 2012 fue un ejercicio de sembrar el temor, pero nadie podía decir abiertamente a quién había que temer. Para cualquiera que estuviera atento estaba claro que si tu tema es el declive, pero no puedes identificar

ninguna fuente económica que lo explique, porque estás comprometido con una redistribución hacia arriba de la riqueza; que si una de tus armas más sólidas es el miedo, pero eres demasiado educado para utilizar la munición racista y nativista; que si tu partido está dividido, pero no tienes una estrategia para unirlo o para forjar una coalición diferente que pueda superarlo, entonces vas a perder. Para Romney, vencer era imposible. Trump era diferente. Sabía que la nostalgia blanca no se limitaba simplemente a los pequeños pueblos, bordeados por pequeños negocios que podrían volverse grandes negocios. Sabía que la inseguridad blanca nunca ha sido solamente una cuestión económica. Abrió el gas y obtuvo dos millones de votos más que Romney.

Trump aprovechó el gas desde su primer globo sonda como abanderado del *birtherism** para deslegitimar a Obama, y desde el primer momento de la presentación de su candidatura, cuando hablaba de los mexicanos como violadores y criminales. Después metió a los musulmanes en el mismo saco. Trump caricaturizó las fuentes del declive con las herramientas que la política liberal-izquierdista y sindical ya habían forjado: los acuerdos comerciales. Al recuperar el eslogan de Ronald Reagan, «*Make America Great*», apelaba a la gente de lugares donde la desindustrialización se había acelerado gravemente y maldecía a Clinton y al TLCAN por ello. No era cierto, o solo parcial o superficialmente cierto, pero servía. Observó a Sanders y se hizo eco de sus palabras y a su desteñido planteamiento económico, Trump añadió la amenaza exterior. Fue a lugares que los candidatos presidenciales nunca habían visitado y sus declaraciones sobre la «devastación» tuvieron resonancia, especialmente entre la población blanca de condados que estaban racialmente aislados, donde las tasas de mortalidad entre la población blanca de 45 a 54 años se han disparado mientras la movilidad social entre la juventud se ha estancado. (Esas características sociogeográficas, según una encuesta preelectoral de Gallup realizada sobre 125.000 adultos, fueron los mayores indicadores de un partidario de Trump, después de ser blanco, varón, heterosexual, conservador y cristiano)[†]. Después Trump repartió carnaza entre unas audiencias alimentadas durante décadas con la rabia, el racismo, el sexismo, la homofobia, la xenofobia y un populismo *faux* mediante una sólida maquinaria derechista de vociferantes y ofensivos locutores millonarios y sus menos

* *Birtherism*: movimiento en Estados Unidos que sostenía que Obama no había nacido en el país y, por lo tanto, no podía ser presidente [N. del T.].

[†] Pablo Diego-Rosell y Jonathan Rothwell, «Explaining National Political Views: The Case of Donald Trump», Gallup Draft Working Paper, 2 de noviembre de 2016.

ricachones pretendientes, que dominaban las ondas radiofónicas. Y lo hizo sin disculpas ni disimulo.

El *genuino* partidario de Trump no era el más pobre o más precario hombre blanco heterosexual. No era el que probablemente estuviera desempleado, subempleado, compitiendo con inmigrantes, viviendo en medio de las ruinas de las fábricas o el más vulnerable ante el latigazo del comercio global. Los microdatos de la encuesta de Gallup situaban el ingreso medio de su hogar en 81.898 dólares. Lejos del encasillamiento como proletario, que presentaban los medios de comunicación, en esta «clase obrera blanca» era igual de posible encontrar propietarios de negocios o gestores como capataces o trabajadores cualificados de la construcción, la producción, la instalación, el transporte o el mantenimiento y la reparación de maquinaria. Era más probable que tuvieran más de cuarenta años, más probable que recibieran alguna ayuda por incapacidad u otros pagos de la seguridad social, poco probable que hubieran acumulado riqueza no apalancada o que hubieran llegado más allá de la educación secundaria; el suyo es un perfil de desengañado, el malestar de alguien que casi lo consigue, pero se quedó a las puertas.

Quizá harto de respetar las reglas del juego, como siempre le habían exhortado a hacer sus superiores, y después de conseguir poco con ello, este votante se vio atraído por el hombre que podía decir cualquier cosa y hacer cualquier cosa y salirse con la suya. Estados Unidos siempre ha amado a sus bandidos. La encuesta de Gallup no decía prácticamente nada sobre las motivaciones, e incluso si hubieran preguntado por estas la gente podría no haber dicho la verdad. Las encuestas a pie de urna mostraron que, a escala nacional, Clinton ganó por diez puntos los votos de gente que decía que la economía era su principal preocupación. Mostraban que lo que querían los votantes de Trump era una sacudida general, un «cambio», una palabra con tantos significados como gente que la pronuncia. El cambio podía ser la razón de la pregona paradoja del votante de Obama apoyando ahora a Trump. En la noche de las elecciones, fuera de la fiesta para celebrar su victoria en Manhattan, el cambio significaba la derrota de Obama, con los entusiastas coreando la fecha final de su segundo mandato, como si él hubiera estado en la carrera electoral, mientras un hombre marchaba gritando «¡Poder blanco!».

Realidades de clase

Una anécdota no es una explicación, pero tampoco lo es la analgésica charla sobre el comercio o la economía. Si el 8 de noviembre la clase trabajadora fue el determinante –los blancos que respaldaron a Trump, los negros y latinos que no se movieron por Clinton, los hogares de trabajadores sindicados que dieron a la candidata demócrata la menor ventaja (8 por 100) desde 1984–, entonces su alienación respecto a sí misma y las maneras en que ambos partidos se relacionan con ella son posiblemente las cuestiones trascendentales de estas elecciones. Esta clase trabajadora sin «la clase», con poca conciencia ideológica de sí misma, sin ninguna política coherente y una menguante organización, no es nada nuevo; pero frente al espectro de la amenaza de las prohibiciones para los musulmanes y de una maquinaria estatal mucho más activa para acorralar a los trabajadores indocumentados, sus divisiones presentan nuevos peligros, especialmente para los chivos expiatorios señalados, pero también para sí misma.

Para abordar el voto hacia Trump, en primer lugar resulta poco honesto tergiversar sobre la intolerancia como algo vital para el atractivo del personaje. Tampoco sirve de nada considerar que los 62,9 millones de votantes –la cifra más alta de toda la historia de los republicanos– están llenos de odio. Es más probable, y más complicado políticamente, que la mayoría sean típicos estadounidenses blancos, que históricamente no han dejado que la discriminación entorpeciera su camino. Metafóricamente hablando, sus predecesores vivieron con el racismo legalizado, la segregación, los salarios desiguales, el chauvinismo y la violencia de uno u otro tipo; siguieron a líderes que validaban esa realidad y, ocupados por sus problemas, no prestaron demasiada atención a la idea de que acomodarse a la miríada de opresiones de otros también era algo que los disciplinaba, limitaba y empobrecía.

En esto no se diferencian del Partido Demócrata, que durante décadas albergó a sus propios segregacionistas; o del movimiento sindical, que incluso en los mejores casos presta una atención descarnada a los salarios y a las condiciones de trabajo, mientras ofrece poco espacio para la discusión o la educación política. Cuando estuve en Ohio cubriendo la información de las primarias demócratas de 2008, tuve una serie de charlas por todo el estado con miembros de base del Communications Workers of America. Mis interlocutores (no todos blancos) expresaban

apasionadamente opiniones que incluían cuestiones relativas al trabajo, a la vida personal o a la guerra, es decir, a la realidad de clase que personalizaban. Podían ser muy polémicos; invariablemente, al final alguien decía: «Me gustaría que pudiéramos hacer esto en nuestro propio local». También invariablemente, cuando comentaba esto con algún dirigente local, la respuesta era algo como: «¿Estás bromeando? Los partidarios de las armas se tirarían a la garganta de los que se oponen, los partidarios del aborto contra los antiabortistas. No, sería un caos». Esto no es tanto un reflejo del CWA, un sindicato progresista, como una ventana sobre la débil construcción de las cuestiones de clase y las escasas oportunidades de que la gente analice el poder y los beneficios que obtiene el capital de sus divisiones. En sindicatos con menos implicación de los miembros que el CWA, limitar la política a respaldar la actuación de la dirección solamente sirve para telegrafiar que no hay ninguna fe en los trabajadores, ninguna fe en ellos como personas, que son complejas como la mayoría de las personas y que buscan una matriz que dé sentido a sus vidas. Significa que ellos no cuentan, que sus opiniones no cuentan. En 2016, Clinton perdió los votos de los hogares de Ohio con miembros sindicados por un margen del 9 por 100.

Fuera de los sindicatos, algún otro ha estado proporcionando esa matriz. La mayoría de la gente no tiene una visión ideológica del mundo claramente definida. La mayoría de las veces, su perspectiva política es una maraña de izquierda y derecha, de aspiraciones y derrotas, de cinismo y romanticismo. Toman lo que parece tener sentido en el momento, lo que encaja con su experiencia y su historia, lo cual a menudo es contradictorio. Son gente como mi padre, especializado en la fabricación de herramientas y matrices en Buffalo hasta finales de la década de 1980, cuando el trabajo se desplazó a Texas y México. Vivía con mi madre en un barrio de población negra, que anteriormente fue principalmente polaca, quedándose allí cuando la mayoría de los blancos se largaron. Más o menos en 2003 empezó a escuchar en la radio los programas de Rush Limbaugh y de fanfarrones vociferantes similares. Mi madre los detestaba. Él los llamaba cómicos. Después de enviar unos cuantos dólares a organizaciones de ayuda a ex combatientes heridos y de rellenar encuestas enviadas desde las oficinas republicanas del Congreso, el GOP empezó a mandarle paquetes por correo con libros religiosos verdaderamente demenciales. En 2008 votó a favor de Obama contra Hillary, pero en las elecciones lo hizo por McCain-Palin porque él era un veterano y ella era una «agradable y resuelta muchacha» que estaba firmemente en

contra del aborto. Para entonces mi madre había muerto. El espantoso correo se intensificó después de la victoria de Obama, igual que las llamadas telefónicas en nombre de Newt Gingrich y otras luminarias del partido. Mientras tanto, los demócratas le mandaron una tarjeta por su cumpleaños. En 2012 estaba solo y tenía casi noventa años y su casa había sido dividida en dos. La reordenación que realizaron los demócratas, que estaba transformando el paseo marítimo y el lado oeste de Buffalo, no había llegado a los barrios negros del lado este. Las avenidas que él recordaba bullendo de locales comerciales estaban desoladas desde hacía treinta años. Cuando cerraron las fábricas que habían mantenido a la clase obrera blanca y negra, la mitad de la gente se fue. A los trabajadores se les dijo que había sido su culpa, la culpa de sus sindicatos, que habían encarecido los costes de las empresas en la década de 1970, y de los negros sin empleo, que ahuyentaron la inversión cuando sembraron el caos en la ciudad en la década de 1960. No estoy segura de a quién votó mi padre en 2012. Probablemente a Romney, por el «derecho a la vida», la única cosa en la que seguía creyendo.

No habría que subestimar la maraña de engaño, creencias, esperanza, decepción y realismo; tampoco la discordancia entre el comportamiento personal de la gente y sus elecciones políticas. La única persona en nuestra manzana a la que mi padre no podía aguantar era al otro hombre blanco que pasaba el tiempo viviendo de la invalidez y sin hacer nada mientras dejaba que su propiedad se fuera pudriendo. A la gente negra mayor de alrededor él le hablaba por encima de la valla o en el porche, raras veces en la cocina; contrataba para pequeños trabajos a jóvenes ociosos y les enseñaba a utilizar las herramientas. Vigilaba a los pequeños mientras esperaban al autobús del colegio, en gran parte porque no quería que entraran en su parcela, pero también porque pensaba que había que cuidar a los niños. La gente del barrio le llamaba «el viejo» y hubo quien rezó por él cuando estuvo enfermo. Estoy segura de que este año, si no hubiera fallecido, hubiera votado por Trump. Nunca le gustaron los Clinton, nunca buscó una tercera alternativa y nunca se abstuvo en unas elecciones. Hubiera votado y después, estoy segura, se hubiera puesto a hablar con algún vecino sobre cosas normales; se hubiera alegrado de que la casa al otro lado de la calle se hubiera vendido a un particular y no a una inmobiliaria, pero se hubiera preocupado porque la gente de Bangladesh que la había comprado –muchos de ellos estaban comprando casas en la zona que costaban entre 6.000 y 35.000 dólares– podían ser terroristas. Como me dijo una de sus vecinas, una

antigua trabajadora de artes gráficas reconvertida en asistente sanitaria, cuando el mes pasado estuve en la casa: «Son árabes, y con ellos nunca se sabe». Así que ahora blancos y negros están asustados de la gente del sur de Asia que llega al barrio: «De acuerdo, no son árabes, pero sí son musulmanes».

El recurso de Trump a la inseguridad económica permitió que aquellos que normalmente podían haberse retraído ante el descarado racismo, nativismo y sexismo dijeran: «Bueno, aquí hay algo más. Está hablando de nuestras experiencias. Está hablando en un lenguaje que entendemos. Está hablando de la prosperidad que hemos perdido y de cómo recuperarla». Sobre el resto, la cara desagradable que presentaba Trump, decían: «No quiere decir eso», «No podrá hacerlo» (detener a once millones de inmigrantes indocumentados), «Solo es electoralismo», «Son cosas que se dicen en el vestuario», «Él es un animador, no quiere decir nada de lo que dice». El año pasado escuché todas esas justificaciones, o versiones de ellas, de partidarios de Trump.

Para ellos la intolerancia no contaba. Tampoco lo hacía para los que respaldaban a terceros partidos. Esto no es exagerar el poder del voto de protesta. Fueron unas elecciones repugnantes (normalmente lo son). Clinton las perdió por su arrogancia y falta de atención, por ignorar a los votantes en su «muro azul»* de Wisconsin, Michigan y Pennsylvania y ofrecer a la coalición de Obama de votantes no blancos y jóvenes más simbolismos que sustancia. Sobre todo perdió por resumir la campaña contra Trump en insípidas consignas, «El amor puede [trumps] al odio» y «Yo estoy con ella». La gente necesitaba tener algo *por* lo que votar, muchos también esperaban que se les pidiera su voto. En Wisconsin, Hillary ni siquiera lo pidió. Ni a los blancos ni a los negros, cuyos votos el estado hizo todo lo posible por suprimir. Políticamente poco dispuesta a formular un argumento de clase que abordara las múltiples e interconectadas vertientes que conformaban la inseguridad de la gente, consideró que esos votos los tenía garantizados. Fue su propia forma de triangulación: apostar por los votos de los urbanitas de Obama y de los suburbanitas republicanos –partiendo de la premisa superficial de que los primeros eran algo que forzosamente heredaba y que para los segundos se trataba de salvarse de la vergüenza– y dar por sentado que

* El «muro azul» se refiere a los estados que se consideraban favorables a los demócratas. El «muro rojo» representa a los republicanos [N. del T.].

el muro azul no iba a cambiar de sitio. Resultó que en los lugares que importaban todo el mundo tenía otro sitio a dónde ir.

No obstante, el voto a terceros partidos plantea una importante cuestión para la izquierda: ¿qué supondría para la solidaridad social superar un ligero sentimiento de pureza política respecto a la arena electoral? Trump prometió detener a los inmigrantes indocumentados, excluir a los musulmanes y reinstaurar la tortura, pero ese impetuoso compromiso con el sufrimiento humano no fue lo suficientemente grave como para movilizar una oposición de izquierdas unida que le detuviera. Por su propia iniciativa, o a instancias de su compañero de candidatura, favorecía las limitaciones sobre libertad corporal para los jóvenes negros, las mujeres y los homosexuales, pero eso no fue suficiente; tampoco lo fueron sus cavilaciones sobre la utilización de armas nucleares. Habida cuenta de la debilidad de la izquierda, ahora esto es una cuestión académica. No hay ninguna fuerza organizada con apoyo de masas que pudiera haber respaldado a Clinton, como un medio instrumental de evitar los ataques sobre las poblaciones más vulnerables, y que después se movilizara en las calles y en todos los demás espacios de lucha para desbaratar sus propios planes de ataque y presionar por una reforma radical. No hay una política de clase ampliamente articulada en la que la raza, el sexo o el origen no sean simples complementos, simples cuestiones de «inclusión», sino que estén profundamente entrelazadas como sucede en la vida real (y Sanders tampoco la tenía). Ninguna estrategia electoral para desarrollar bases de poder en conjunción con grupos militantes. Ahora, las protestas —y la lucha en ciudades y estados, campus universitarios e iglesias para declarar lugares de asilo— son la medida de nuestra esperanza, pero también de nuestra impotencia, mientras los medios de comunicación afines a Clinton convierten a Putin en el enemigo público número uno, como algunos manifestantes creen alegremente, y los demócratas, trastornados desde las elecciones, encuentran su camino en el viril abrazo del estado de seguridad nacional. Mil mosquitos picando a Trump, pero el poder está en la derecha.

Creando enemigos

El GOP, ahora controlando la presidencia, el Congreso, el futuro Tribunal Supremo, la mayoría de las asambleas legislativas de los estados y la mayoría de los gobernadores, ha quedado más que renovado. Puede sacar adelante cualquier cosa que quiera mientras mantenga la disciplina

de partido. Los grupos de presión –la ciénaga que Trump prometió limpiar– están redactando los proyectos legislativos. Las ilusiones de 2015 de que Trump representaba la disolución del Partido Republicano dependían de la confianza en que no había ninguna posibilidad de que ganara. Aquellos que conjuraron esa ilusión no entendieron adecuadamente la fuerza que tenía la nostalgia blanca realmente existente. También se olvidaron de los huesos sobre los que se construyó el moderno Partido Republicano. Merece la pena recordarlo ahora, en medio de la confusa y vieja charla de los liberales sobre la «política de clase» frente a la «política de identidad», y el supuesto fuerte abrazo de la primera por parte de los republicanos, porque ha sido exactamente la política de identidad, en su versión de derecha, la que dio forma a la artera política de clase del GOP. Surgiendo de los escombros de la campaña de Goldwater en 1964 y constantemente elaborada desde entonces, dio forma al lenguaje, la pasión de base, la relación político-religiosa, las redes nacionales-locales, la histeria en torno a las políticas de tolerancia cero y la política general de rabia, que tuvo su más eufórica expresión en la victoria de Trump. Es la fuente de la derecha cristiana, que desde la década de 1970 ha sido para los republicanos lo que los sindicatos fueron para los demócratas: la gente que organiza a sus bases, la que sale a votar aguantando la lluvia. Estuvieron desmoralizados por Romney, el mormón, pero se abrazaron a Trump a pesar de su constante menosprecio de sus valores angulares. Trump se llevó el 81 por 100 del voto evangelista. Sus advertencias sobre Estados Unidos en peligro se hicieron eco de los gritos en torno a «la familia y los niños en peligro» alrededor de los cuales los estrategas republicanos levantaron en un primer momento el andamiaje de la política de la nueva derecha como una reacción contra la libertina década de 1960 y como un instrumento de poder.

Que Trump fuera consciente o no de esta convergencia retórica es irrelevante, bastaba con ser su exponente. La base militante, la receptividad de las respuestas, la infraestructura de apoyo, todo estaba dispuesto. Anteriormente, en los días de su formación a finales de la década de 1960, el enemigo que debilitaba la grandeza de Estados Unidos era la educación sexual, que se fundía con la Enmienda de Igualdad de Derechos, los homosexuales, las feminazis, el aborto, los embarazos adolescentes, los preservativos, la diversidad de los planes de estudio y los extranjeros. La lista era larga; el objetivo, organizar a la gente en torno a la cuestión de su inseguridad, real o imaginada, para alcanzar objetivos políticos más amplios. Este no es el lugar para entrar en detalles,

pero la historia de la construcción de los grupos de base de la derecha en contra de la educación sexual, tal y como la cuenta especialmente Janice Irvine en *Talk About Sex* (2002), es por sí sola inquietantemente evocadora en el actual contexto de «hechos alternativos», en el que se defiende sin complejos desde el poder el uso de hecho falsos como si fueran verdaderos. «Las palabras son balas», decía James Dobson, fundador de *Focus on the Family* en los comienzos de esa organización². La esencia de su argumento era que la única medida del lenguaje político era su capacidad para herir al enemigo y fortalecer a tu bando. Los hechos eran irrelevantes, la emoción lo era todo. De ahí el espectáculo de reuniones convocadas en los colegios de todo el país para discutir sobre el caso de trabajadores sociales encargados de velar por la seguridad infantil entregados al consumo del porno más inmundos, pretendiendo que estaba sacado de libros de texto, y enardeciendo a unos padres que nunca hubieran podido ser reunidos políticamente de manera tan efectiva alrededor de cualquier otro tema. De ahí las exhortaciones para actuar de modo uniforme: «¡Levantaros si amáis a vuestros hijos!», y el auditorio se ponía en pie rugiendo, mientras las pocas almas que se alarmaban ante un espectáculo que recordaba a Nuremberg se escondían tratando de pasar desapercibidas.

«Crear enemigos mediante un discurso sexual provocativo promecía recompensas políticas», escribe Irvine³. Realmente, el lenguaje del miedo estaba dirigido a estimular a una audiencia de clase trabajadora o de clase media baja, económicamente angustiada, religiosa o suficientemente religiosa, abrumadoramente blanca y heterosexual. Zarandeada por las dislocaciones culturales y económicas de la década de 1970, esta audiencia encontró en la familia su último eslabón con la «normalidad». Y la familia *estaba* debilitada. Aquellos que levantaron una política en torno a ella al menos entendían que la inseguridad de clase no se limitaba solamente a los empleos, pero no pretendían abordar las causas reales. Estaban reconstruyendo un partido, y los temerosos padres que se alistaron en las guerras culturales también lo hicieron a favor del militarismo, las ordenanzas sobre el derecho al trabajo, los valores de Wall Street, el reaganismo, los escuadrones de la muerte, las prisiones, los registros de pandillas, la degradación de la asistencia social y el silencio ante las miles de muertes de homosexuales a causa del SIDA.

² Citado en Janice Irvine, *Talk about Sex: The Battles over Sex Education in the United States*, Oakland (CA), 2002, p. 73.

³ *Ibid.*, p. 77.

Los arquitectos originales de esta reconstrucción no tenían que creer en nada de lo que decían sobre la devoción, igual que Trump y su gurú, Steve Bannon, no lo hacen actualmente. Estaban jugando para ganar el poder. Lo mismo sucede con los cristianos, que hasta ahora se han llevado muy bien con Trump, mejor que con el metodista George W. Bush. En las primeras semanas tenían la vicepresidencia, la secretaria de Salud y Servicios Sociales, la Secretaría de Educación, un candidato para la Secretaría de Vivienda y otro para el Tribunal Supremo, una prohibición de ayuda exterior a cualquier organización que facilite información sobre el aborto, prioridad para los cristianos en la inmigración (ahora en los tribunales) y la redefinición legal (ahora en suspenso) de la libertad religiosa como la libertad para discriminar. El que ninguno de esos favores políticos aborde la inseguridad real de aquellos seguidores de Trump, que se enfrentan a una muerte prematura para ellos mismos y callejones sin salida para sus hijos de nuevo carece de interés, por lo menos por ahora.

¿Un futuro relevante?

Resulta útil, sin embargo, tener presente esta historia en miniatura, cuando surgen las protestas –en Nueva York en estos días, cualquier búsqueda en internet de «protestas en la actualidad» remite a direcciones sobre acciones inminentes– y continúan las discusiones sobre el futuro del Partido Demócrata. Ahora la charla parece anticuada. Los actores parecen anticuados. El estereotipo de la clase trabajadora parece realmente anticuado. Como modelo de acción política, las manifestaciones también parecen anticuadas, pero son tan espontáneas (las concentraciones en los aeropuertos), tan variadas (la marcha de las mujeres, la de los universitarios, las de los inmigrantes, la huelga de un día de los propietarios yemeníes de tiendas de ultramarinos) y tan fluidas en términos de participación, que representan la esperanza de que pueda haber algo más. Por lo menos la gente está luchando; pronto tendrá que afrontar el problema de organizarse estratégicamente y de hablar con la gente más allá de las grandes ciudades y de los círculos familiares, con aquellos que no votan o cuyo voto es en última instancia, principalmente una medida de su frustración.

Durante la remodelación del partido que ahora dirige Trump, los demócratas no pelearon. El trabajo sindical apenas luchó por sí mismo. Hubo homosexuales que lucharon, mujeres que lucharon y negros que

lucharon. Demasiado a menudo sus luchas fueron tomadas por puras falacias en vez de lo que realmente eran. Las respetables ONG que surgieron de esas luchas se incorporaron al Partido Demócrata por afinidad o por falta de otra opción. No fue hasta la década de 1980, momento en el que las campañas «Rainbow» de Jesse Jackson articularon una estrategia que vinculaba todas esas luchas, cuando los altos dirigentes del partido pudieron ver lo que podía surgir de un análisis que fuera consciente de la raza, de la clase, de la diferencia urbano/rural y del componente antiimperialista, y entonces, especialmente en 1988, se asustaron. La respuesta de Bill Clinton fue la antítesis del planteamiento de las campañas Rainbow, el Democratic Leadership Council espolvoreado con un poco de viejo sentimentalismo popular. Obama recogió la forma, pero sin el contenido, como hizo Hillary con menos convicción. Sanders actuó como el último tipo blanco presente en el escenario de la década de 1960, después de que mujeres, negros, homosexuales y nacionalistas puertorriqueños hubieran partido hacia sus respectivos caucus. Alejado de cualquier cosa que hiciera Clinton, Sanders no iba a ganar la nominación demócrata de esa manera. Se dio cuenta demasiado tarde. Si ahora hay un futuro relevante para el partido, o un decisivo vehículo alternativo, tendrá que venir de otros lugares, con más imaginación y más experiencia de la vida diaria.